

Familia y escuela

JUAN CARLOS TEDESCO / Universidad Nacional de San Martín (Argentina)

Los vínculos entre la familia y la escuela son objeto de una discusión siempre renovada. Desde hace bastante tiempo dejamos de lado las prácticas basadas en la separación entre ambas instituciones; lo nuevo, sin embargo, es que también están desapareciendo los tradicionales vínculos de convivencia y de división de funciones en el proceso de socialización de las nuevas generaciones. La transformación que vivimos es de tal envergadura que permite la aparición de voces que formulan interrogantes impensados hace pocos años atrás. En un reciente libro de tres importantes investigadores sociales franceses, el capítulo dedicado al tema de la familia y la educación lleva por título: "¿La familia contra la educación?" (Ver M-C. Blais, M. Gauchet y D. Ottavi. *Conditions de l'éducation*. Paris, Stock, 2008).

No pretendo resumir aquí el contenido de un texto complejo y profundo. Simplemente quisiera señalar el punto de partida que permite a los autores formular ese interrogante. La comparación entre la familia "moderna" y la familia actual pone de relieve que ahora los hijos son el elemento clave en la constitución de la pareja y todo funciona a partir de su desarrollo y bienestar. Este cambio está asociado a tres elementos importantes:

» El abandono de las "normas" como factor clave en la educación de los hijos. Como todo puede ser negociado, los hijos tienden a considerar cualquier norma como una imposición autoritaria, arbitraria o absurda.

» El abandono del carácter complementario de los roles paterno y materno. Los papeles de padre y madre dejan de constituir la base de los principios básicos del psiquismo: el placer y la realidad.

» El acceso a la escuela y al conocimiento dejan de ser asumidos como la clave de la emancipación personal y muchos padres perciben la adquisición de conocimientos como una fuente de estrés y de dificultades para el desarrollo de sus hijos. Este fenómeno explica la dificultad que tenemos para que los jóvenes se inclinen por estudios científicos, para que asuman la importancia del rigor y la disciplina en el aprendizaje.

Obviamente, se puede discutir la validez general de este diagnóstico. Según los contextos sociales, su vigencia puede ser mayor o menor. Pero más allá de dicha vigencia, lo cierto es que existen claras evidencias que indican que las tendencias del cambio en la institución familiar se orientan en la dirección indicada por estos análisis. La familia está perdiendo su carácter de institución responsable de la transmisión de pautas, valores y visiones del mundo, para transformarse en un ámbito de intercambio, de discusión y de negociación.

FORTALECER EL CARÁCTER PÚBLICO Y PROFESIONAL DE LA ESCUELA

Frente a estos cambios profundos en la familia, la escuela tiene enormes dificultades para adecuar y definir su papel. Existen dos respuestas que no pueden ser sostenidas seriamente. La primera es ignorar estos cambios y mantener la actitud tradicional; la segunda es adaptarse a ellos y satisfacer alegremente las demandas familiares. La primera supone aislarse socialmente, incrementar los ni-

"No es legítimo postular límites a la participación familiar para defender intereses privados corporativos o para ocultar la falta de competencia para resolver problemas"

veles de conflicto entre familia y escuela y condenar al fracaso a toda la tarea educativa. La segunda implica renunciar a la tarea civilizatoria de la escuela, dejar de transmitir el patrimonio cultural de la sociedad y de promover la cohesión social a través de la formación en valores comunes.

Estamos, en consecuencia, ante problemas de enorme complejidad e importancia, que trascienden la responsabilidad de la escuela y de los docentes. Las respuestas a estos problemas son respuestas sociales en cuya elaboración estamos todos involucrados. Pero como ante muchos otros problemas, reconocer la complejidad no puede justificar la parálisis. En un artículo anterior sobre este mismo tema intenté presentar una línea de acción concreta desde la escuela, cuya idea central consiste en sostener la necesidad de fortalecer el carácter público y profesional de su trabajo.

El carácter público de los centros escolares supone que la definición de los contenidos que ellos transmiten no puede ser el mero reflejo de las demandas particularistas de cada actor o sector social. Los contenidos educativos que se transmiten a través de la escuela son la expresión del desarrollo científico y cultural de la sociedad, diseñados a través de acuerdos sociales y compromisos colectivos que exigen niveles cada vez más altos de reflexión. Dichos acuerdos son la base de la cohesión social que nos pre-

mite vivir juntos. Desde este punto de vista, por ejemplo, es ilegítimo aceptar que una familia demande que sus hijos sean educados en valores de fanatismo e intolerancia o que pretendan educar a sus hijos al margen de las instituciones públicas donde la convivencia con los otros es un aspecto fundamental del aprendizaje.

El carácter profesional del trabajo de la escuela, por su parte, se define por la eficiencia y la eficacia para lograr que todos los alumnos tengan acceso al máximo nivel de logros de aprendizaje que permiten sus capacidades. Para alcanzar este objetivo, la clave es el personal que se desempeña en los centros escolares y la organización de su trabajo. Sobre este tema se ha escrito mucho y también se han desarrollado experiencias exitosas tanto en el logro de resultados cognitivos como emocionales y éticos. El punto sobre el cual queremos insistir en esta nota es el que se refiere a la articulación entre profesionalismo y participación familiar. La fuente más genuina que tenemos para dialogar con las familias es nuestra capacidad profesional para garantizar el logro de los resultados educativos.

Desde este punto de vista, para que la escuela y los docentes puedan reivindicar los alcances y los límites de la participación familiar, es necesario que asumamos genuinamente el papel de representantes del mensaje socializador público y que demos ser los poseedores del saber técnico profesional que garantice buenos resultados. No es legítimo postular límites a la participación familiar para defender intereses privados corporativos o para ocultar la falta de competencia para resolver los problemas.

¿QUÉ HACER FRENTE A ESTA COMPLEJIDAD?

Estas reflexiones indican claramente que la escuela aislada no puede enfrentar estos problemas. Es necesario un fuerte compromiso político-cultural de todos los sectores sociales comprometidos con el proyecto de construir una sociedad justa. Poner en el debate público estas cuestiones, involucrar en ellas a los dirigentes políticos, a los representantes de los medios de comunicación, a los intelectuales y formadores de opinión, entre otros, es una tarea urgente.

Mientras tanto, en el día a día de las escuelas, me parece importante tener un buen diagnóstico de la situación familiar de nuestros alumnos. No todas las familias tienen la misma composición ni la misma actitud frente a la escolaridad de sus hijos. Tener este diagnóstico nos permitirá definir estrategias más personalizadas, más adecuadas a cada contexto. Esa estrategia se puede resumir en la idea de establecer con cada una de ellas una especie de contrato de tareas a cumplir por cada uno. También con las familias podemos definir trayectorias de aprendizaje referidas a su capacidad para apoyar el trabajo de la escuela, para comprender el sentido público de la educación y para asumir su papel de transmisor del patrimonio cultural. También aquí podemos establecer metas a lograr y evaluar sus resultados. Soy consciente que esta tarea adicional para las escuelas requiere recursos, tanto humanos como materiales, de los cuales hoy no disponemos. Pero asumir esta tarea nos ayudará a formular demandas más calificadas, que podrán y deberán traducirse en mejores resultados. Hay que invertir más en educación, pero también hay que invertir mejor.

